

TURISMO Y PROGRESO INDUSTRIAL

Por L. D'ANDRAITX

Desde que adjetivamos de industria al turismo, sobre el papel y fieles a la letra, las zonas turísticas han pasado a ser zonas industriales. No obstante, entre auge turístico y desarrollo industrial media un abismo. Pero hay quien no quiere verlo y gusta de imaginar que la población flotante de la Costa Brava, que coadyuva a duplicar o triplicar los censos demográficos, durante el verano, supone un elevado índice en el campo de todos los progresos. No vamos a negar, a estas alturas, los beneficios del turismo, tanto en el terreno particular como en el ámbito nacional, pero sí a especificar que la clase de beneficios que produce están al margen de los cánones del progreso técnico, aunque parte, incluso, de estos beneficios, vayan dedicados y se apliquen sobre el amplio programa del plan español de desarrollo industrial.

La época de la dedicación de la Costa Brava, prácticamente, de una manera total y absoluta al turismo, restó, a mi entender, no pocos avances al progreso industrial. Nadie pensó en montar nuevas industrias, digamos, de tipo clásico y las que la estaban establecidas de tiempo en nuestra zona, metalúrgicas, hilaturas y especialmente la corcho-taponera siguieron subsistiendo sin renovación de utillaje y conservando amorosamente heredadas telarañas. Y lo que pudo haberse invertido para mejorar en las condiciones intrínsecas de las fábricas se arriesgó en la construcción de un hotel o de un bar o de una sala de espectáculos. Ciertamente, ninguna de las viejas industrias podía competir con el turismo. En el nuevo campo, las ganancias eran más rápidas y claras; más cuantiosas. En el nuevo campo, era más fácil la reclutación de personal, ya que los emolumentos que se les podía ofrecer eran más saneados. Los productores desertaron de sus puestos en las fábricas y ya nadie pensaba en lanzarse a determinados aprendizajes, como no fuese el de albañil o de mecánico, ambos ya vinculados estrechamente con el turismo. Nacieron un sinfín de oficios nuevos, muy bien pagados, y en los cuales la propina constituía un complemento nada despreciable.

El mundo del turismo y el mundo industrial pronto formaron dos bloques antagónicos. Poco menos que jauja, el primero; y de estrecheces o simplemente austero el otro.

El turismo parecía destinado a arrollarlo todo. No obstante, algo paró esta máquina. El encarecimiento de los terrenos, de las obras, la cerrada competencia entre los numerosos hoteles establecidos, bares o tiendas, incluso la última dificultad en reclutar personal eficiente, elevó tanto la partida de gastos, que afectó claramente a los beneficios. Tener un hotel, pongo por caso, siguió representando tener un buen negocio entre manos, pero ya no una mina de oro. Tampoco el sostenerlo, el llevarlo, resultaba, tan fácil como al principio. En fin, que dejó de ser tentador. Más sosegado los viejos industriales, pudieron, de nuevo, mirar con amor su viejo trabajo, de lentas, pero de seguras ganancias. El año 61 fue crucial en este aspecto. Se renovaron antiguas fábricas, se modernizó el utillaje. Incluso hubo quien se atrevió a levantar nuevas factorías, como la IBERFIL de Riudellots de la Selva, de conductores eléctricos esmaltados. Para fecha breve, se anuncia también la puesta en marcha de una nueva industria en San Feliu de Guixols, y es muy probable que sigan otras y en varias zonas. Las reformas son ciertas y abundan. Viejas fábricas de tapones hacen, tras los amplios ventanales, sus instalaciones de primer orden.

Celebro profundamente que se superase aquel peligroso bache, en el que estaban naufragando las industrias. Me gusta que las poblaciones de nuestra Costa Brava no sientan solamente el afán de embellecerse, sino que también sientan el orgullo de su añejo poderío industrial y que se lancen a escalar más altos puestos en las rutas del progreso. Además de gustarme, es bueno y necesario que lo hagan ciudades y pueblos de solera, cuya vida propia ha de ser floreciente todo el año. Porque triste es y será aquel pueblo que lo espere todo, única y exclusivamente, del turismo, dada la forma que aquí se impuso de hacer turismo: escenario y reverencia. Cuando se bajase el telón, cada ciudad, un poco al estilo pirandelliano, puro personaje de cuento, correría, aturdida, en busca de autor, o mejor, de director de escena, para seguir siendo personaje. De no hallarlo, sería un muerto.